

Gobernabilidad, desarrollo y globalización.

Miguel de la Madrid Hurtado

Este País
Enero 2002
Número 130

Comentarios sobre las reflexiones de la Reunión de Cartagena.

En el mes de marzo del 2001, nos reunimos en Cartagena de Indias. Colombia, diez ex presidentes de América Latina para examinar los problemas de la globalización, el desarrollo y la gobernabilidad en nuestra región. En esa reunión analizamos la gobernabilidad democrática en el contexto de la globalización. Ahí se plantearon una serie de fenómenos asociados que contribuyen a determinar las condiciones de gobernabilidad en un mundo cada vez más difícil, y concluimos, por ello, que era indispensable para América Latina redefinir nuevos rumbos.

Se reconoció que el reto mayor de los gobiernos latinoamericanos es resolver el desafío de internacionalizar la economía, sin afectar las condiciones de gobernabilidad democrática. Estas pueden verse resentidas por el deterioro de las condiciones sociales, resultado a su vez, de las vulnerabilidades del actual modelo de desarrollo.

En principio, decíamos, la región deberá confrontar en los próximos años cuatro desafíos. Ellos son: sostener y mejorar su gobernabilidad democrática, mejorar las condiciones de un mayor crecimiento con equidad, asegurar mayores niveles de competitividad y recuperar los ejes articuladores de su identidad nacional. Con ello América Latina podrá conseguir su internacionalización con eficacia y atendiendo sus intereses. Esto significa trabajo político y económico de los gobiernos y sociedades. La inercia conduce a la agudización del subdesarrollo. Me decía un amigo de la India hace algunos años: "el hombre muere dos veces: primero cuando se renueva y después, cuando muere formalmente".

Gobernabilidad, desarrollo con equidad, competitividad e identidad forman parte de un nuevo proyecto político latinoamericano. Hoy se carece de uno regional que vincule a la sociedad con la nueva economía, los valores nacionales y la cultura. Necesitamos un modelo alternativo, nuestro, que nos identifique culturalmente, pero abierto al mundo.

El Consenso de Cartagena

El Consenso de Cartagena de Indias al que me refiero, y del cual el presidente Samper habló en la Universidad Iberoamericana en fechas recientes, plantea la urgencia de formular una posición política de la región, así como la necesidad de poner énfasis en la importancia del mercado interno y equilibrar las relaciones internacionales estrechando vínculos con Europa. El principal cuestionamiento lo constituyó la ausencia de una agenda propia que trace el camino que debe seguir la inserción regional latinoamericana en la globalización. Se considera ineludible que la generación de riqueza, la equidad y la gobernabilidad se constituyan en los ejes cruciales para el desarrollo de la región. Es importante que América Latina elabore un nuevo paradigma de desarrollo basado en el conocimiento, que parta de la globalización como una realidad y potenciar la capacidad interna de los países respetando su soberanía, promover la integración de ellos y resolver los problemas de equidad y de exclusión política. Para ello es indispensable estructurar una agenda global para América Latina. Entre otros, el Consenso de Cartagena adoptó los siguientes principios:

- 1) La globalización puede ser positiva si se basa en un esfuerzo interno y en una negociación con el resto del mundo.
- 2) El tráfico de narcóticos, personas y armas es la amenaza más grande a la gobernabilidad democrática de América Latina. Para enfrentarlo se requieren acciones multilaterales. Es necesario apoyar el principio de corresponsabilidad y certificación multilateral en la lucha contra la droga. Los grandes países consumidores, Estados Unidos y los de Europa, deben asumir la responsabilidad.
- 3) Es fundamental revalorizar el papel del Estado, quien debe ser el rector del desarrollo nacional, y encontrar nuevos equilibrios entre Estado y mercado. Las tesis neoliberales ya mostraron su ineffectividad.
- 4) Es necesario mejorar los sistemas políticos nacionales, renovar ideológicamente los partidos políticos y fortalecerlos como fundamentos de la democracia latinoamericana.
- 5) Es imprescindible reubicar a la persona como el objetivo del desarrollo y consolidar el Estado de derecho como el referente de la relación entre Estado y ciudadano.
- 6) Hay que combatir la corrupción y la impunidad que desintegra los Estados y debilita las sociedades. Se necesita una nueva ética política y social que devuelva el valor a lo público. Es necesario establecer códigos de conducta para las empresas multinacionales.

El terrorismo

El ataque terrorista del 11 de septiembre pone en evidencia uno de los problemas que nos planteamos en la Reunión de Cartagena y que calificamos como la patología de la globalización. Es el mundo de lo ilícito: el tráfico de armas, drogas, materiales radiactivos, órganos humanos, trabajadores ilegales, contrabando, terrorismo.

El auge armamentista tiene su correlato en el aumento del terrorismo en la medida en que éste puede entenderse como la respuesta miútar de los débiles, no de todos, al armamentismo de los fuertes. Convertido en arma política, deja su marca en atentados políticos, secuestros, destrucción de infraestructura, edificios, mantenimiento, amedrentamiento de la población. Dice Yossef Bodans-ki, uno de los analistas políticos que más ha estudiado el terrorismo, que éste es la esencia, en términos del fundamentalismo musulmán, de la estrategia de la guerra. El terror destruye el corazón de sus enemigos.

Sobresaliente por ello fue la decisión de responder de manera multilateral al terrorismo. Es ahora un problema mundial.

Pero también el terrorismo y el abandono en que vivieron muchos países del Medio Oriente y el Asia Central después de la caída del muro de Berlín, ante la emergencia de la unipolaridad política y mundial, nos remiten inevitablemente a los problemas de las disparidades entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo.

La creciente desigualdad

En contraste con los grandes avances materiales y científicos, el mundo poco ha progresado en aspectos éticos y espirituales. Es más, ha retrocedido en los últimos tiempos en resolver ostensibles desigualdades distributivas en sus diversas dimensiones. A pesar de todos nuestros recursos, el mundo ha continuado volviéndose más rico en problemas y más pobre en soluciones.

Con pocas excepciones, los países en desarrollo no han dejado de serlo, ni acercado su ingreso a la lista casi inamovible de los países industrializados. El rezago del subdesarrollo, en vez de cerrarse se amplía y la pobreza en algunas regiones alcanza niveles alarmantes. La brecha entre el ingreso promedio de los

países avanzados con respecto a los de otras naciones subió 2.6 a 4.6 veces entre 1970 y 1990. Estas tendencias persistieron en las últimas dos décadas poniendo de manifiesto que tampoco la globalización ha sido, por lo general, el remedio apropiado. Según el Banco Mundial, en el mundo mal subsisten más de mil millones de personas con ingresos menores a un dólar diario. En América Latina, el ingreso per cápita entre 1980 y 1995 no sólo se estancó sino se tornó más inestable.

La pobreza y la indigencia crecieron espectacularmente en la década perdida de los ochenta, y en números absolutos sigue creciendo. En 1997 ya sumaron 220 millones de personas.

Según observa el Informe 1998-1999 del Banco Interamericano de Desarrollo, el área padece claramente de un "exceso" de desigualdad, tal como queda en evidencia cuando se le compara con otras regiones del mundo.

Son precisamente los expertos internacionales quienes han puesto en boga el tema de la desigualdad en los países no industrializados. Como es habitual presentar datos nacionales de la distribución del ingreso divididos en quintiles,² las sociedades desarrolladas se diferencian según los modos de apropiación de ese ingreso: en las sociedades desarrolladas es de 40:40:20 y en las subdesarrolladas de 60:30:10.

Las primeras son las menos desiguales: en ellas el 20% más rico recibe el 40% del ingreso total; el 40% siguiente, un 40% y el 40% más pobre, un 20%. Es la situación en la mayoría de los países desarrollados. Como puede advertirse, dichos países no se hallan tampoco ante condiciones que un observador sensato se atrevería a llamar igualitarias. Sin embargo, resulta notable su contraste con las que caracterizan a las sociedades más desiguales: en éstas el 20% más rico tiende a apropiarse del 60% del total de los ingresos; el 40% siguiente, del 30%; y al 40% más pobre sólo le queda un 10%. Además de África y de algunos países asiáticos, este es el caso de América Latina.

En los últimos veinte años los fenómenos de pobreza, marginación, polarización distributiva, reducción del ascenso de los ingresos por habitante que interrumpe el ciclo del progreso y capilaridad social de la posguerra no son exclusivos del mundo en desarrollo. Muy al contrario, por lo menos en algunos aspectos, constituyen características comunes que parecen acompañar al proceso de globalización que hoy vivimos.

En Inglaterra, por ejemplo, la flexibilidad de los mercados de trabajo y ritmos de crecimiento económico relativamente elevados han permitido bajar el desempleo. Pero alrededor de una cuarta parte de las familias se encuentran por debajo de la línea de pobreza y una parte importante de la fuerza laboral permanente vio reducir sus ingresos hasta bien entrados los noventa.

Europa, en su conjunto, no ha estado exenta de problemas distributivos serios. En Estados Unidos, pese a la intensa recuperación económica de 1993 al año 2000, la polarización distributiva parece haberse acentuado en los últimos años.

A la luz de un panorama mundial que muestra un debilitamiento real de la equidad distributiva, expresado en desempleo, marginación, polarización de ingresos, fragilidad de los sistemas de seguridad social, desequilibrios en los mercados de trabajo, hay que admitir la influencia de una constelación compleja de fenómenos entre los que seguramente desempeña un papel importante la forma de adaptación de los países a la globalización.

Entre las explicaciones a las disparidades sociales que se ahondan en el mundo cabría señalar algunas importantes. Una está dada por la terciarización de las economías que expresa el peso creciente de los servicios en la demanda de las familias y de las empresas, sobre todo del primer mundo. Entonces, la oferta de trabajo se desplaza de los sectores de producción de bienes a los propios servicios, donde la productividad y, en consecuencia, los salarios reales crecen más lentamente, aparte de estar sometidos en mucho menor grado al agujón de la competencia internacional. Un segundo factor causal es la

influencia de un cambio tecnológico que premia a los trabajadores de altas calificaciones, mientras castiga las remuneraciones de los demás, o que reduce las exigencias de mano de obra y materiales por unidad de producción. Un tercer factor es el bajo nivel educativo de los países subdesarrollados. Otro muy importante es la presión demográfica.

Algunos efectos nocivos de la globalización

La liberación transfronteriza de los mercados ha ubicado la producción en distintos países del mundo y ha puesto a competir a la mano de obra de los diferentes países. Ahora, los grandes consorcios internacionales producen o compran partes o componentes de sus productos finales en las localizaciones que les ofrecen las mejores ventajas, entre ellas la de bajos salarios. Por ello se habla de global-localización. De ahí se derivan varios efectos con consecuencias distributivas no siempre favorables. En los países industrializados surge una presión bajista sobre los salarios de los sectores que utilizan mano de obra poco calificada. En las zonas periféricas, la intensa competencia internacional influye en la adopción de métodos de producción que requieren de mayor proporción de mano de obra calificada, que no siempre está disponible en proporciones adecuadas.

En síntesis, los trabajadores de la periferia pueden verse desplazados por tecnologías ahorradoras de mano de obra, por incapacidad competitiva de las empresas que los emplean o por relocalización de producciones en las redes de los consorcios transnacionales. Por tanto, hay pérdidas de puestos de trabajo en múltiples sectores de la actividad económica, desplazamiento intersectorial de mano de obra o incluso emigraciones, fenómenos que crean inseguridad en los mercados de trabajo y debilitamiento de las organizaciones obreras y de los derechos de los trabajadores.

En la medida que arrecia la competencia internacional, las empresas requieren de formas flexibles de contratación de mano de obra que se traducen en proliferación de regímenes temporales de trabajo, contratos de tiempo parcial y a distancia, y otras formas de vinculación obrero-patronales con repercusiones distributivas desfavorables.

Son muchas las ventajas potenciales de la liberalización de los flujos de capital en el financiamiento del desarrollo. Con todo, hay algunos inconvenientes reales que no se han corregido con políticas apropiadas. Sobresale la notoria desproporción entre la magnitud de los capitales internacionales susceptibles de entrar o salir de los países en desarrollo de forma súbita en relación con las reseñas de divisas y otros instrumentos de manejo monetario nacional (tasas de interés). Otra cuestión es la necesidad creciente de contar con ahorro extranjero. Atraerlo significa subir las tasas de interés por encima de lo que priva en el primer mundo con beneficios distributivos para los ahorradores nacionales y del exterior, pero con castigo a empresas y deudores. Es por ello que las economías nacionales se han tornado vulnerables ante las expectativas y visión de los inversionistas, que muchas veces prevalecen sobre la situación económica real de los países y atienden más a elementos especulativos.

La política macroeconómica se dirige centralmente a hacer desaparecer la inflación sin cuidar siempre sus costos sociales. Se busca el equilibrio permanente del presupuesto público o implantar políticas monetarias restrictivas aun en periodos recesivos de la economía.

Por eso, la política social, lejos de prevenir la aparición del desempleo y la pobreza, sólo se limita a aliviar algunos de sus efectos, sin erradicar el mal en sus orígenes. Lo que se necesita en la mayoría de los países es visión y políticas de largo plazo. Un gran número de países se encuentran devastados por conflictos armados, pobreza extrema y enfermedades.

La "globalización" está en boca de todos, pero la palabra se ha transformado rápidamente en un fetiche, en un conjuro mágico y en una llave destinada a abrir las puertas de todos los misterios presentes y futuros. Algunos consideran que la "globalización" es indispensable para la felicidad; otros, que es la causa de la desgracia. No obstante, muchos consideran que es el destino ineluctable del mundo, un

proceso irreversible que afecta de diferente manera a la totalidad de los países y las personas, aunque hay ganadores y perdedores en el proceso de globalización.

Lo importante, por ello, es pensar y actuar política y económicamente. La inercia es la peor consejera.

Una cultura para la paz

Es necesario reconocer que cultura e identidad representan seguridad para muchos habitantes del planeta. Por esta razón, cualquier respuesta global, para poder tener legitimidad para todos, deberá estar relacionada con las diversas tradiciones históricas, jurídicas y religiosas. Tolerancia y respeto.

Hay una necesidad urgente de desarrollar una ética de solidaridad humana aceptable universalmente. El término "ética" deberá incluir los valores comunes socioculturales universales que han resistido la prueba del tiempo.

Es dentro de la solidaridad humana donde se deberá buscar cualquier respuesta al terrorismo. El espíritu destructivo de éste tiene una explicación social. Son los desplazados y desesperados o los que quieren o necesitan afirmar su ego, a costa del dolor del prójimo.

Asociada a la ética de la solidaridad humana está la necesidad del concepto que abarque la Ley Internacional del Humanitarismo y los Derechos Humanos. Como eje de esta idea está colocar el bienestar humano en el centro de las políticas nacionales, al mismo tiempo que en las globales. Las virtudes comienzan con el bienestar. Ahí donde se dan la pobreza o la desigualdad extrema florecen los vicios.

Es prioritario hacer la paz en vez de los esfuerzos encaminados a guardar la paz. Es mejor prevenir las crisis en lugar de manejarlas, como si el manejo de las crisis fuera un objetivo en sí, en vez de lograr la solución de las crisis.

Ha llegado el tiempo de promover una cultura de la paz en lugar de una mera ausencia de guerra. El hombre moderno no se encuentra en paz ni con él mismo ni con su entorno. Para empezar el proceso de paz, primero debemos aprender a vivir en paz con nosotros mismos y reconocer que la adversidad, donde sea, es una amenaza a la prosperidad de todos. Esto es particularmente importante en una era donde los ricos se vuelven más ricos y los pobres más pobres.

No debemos permitir que el singular acto de terrorismo que acabamos de presenciar, el pasado 11 de septiembre, haga que degeneremos en autómatas bajo la bandera del nacionalismo extremo o de la religión en su versión fundamentalista. La justicia deberá ser la orden del día. De no ser así, los terroristas habrán ganado. La ira deberá ser transformada en un esfuerzo para promover el diálogo y la negociación en la solución pacífica de controversias.

Debe promoverse la justicia. Cualquier respuesta deberá estar basada en los principios civilizados que todos queremos mantener.

La población civil, no importando su nacionalidad, debe estar protegida por los principios fundamentales del derecho internacional, los derechos humanos y la decencia común. La trágica pérdida de vidas en Manhattan y en cualquier otro lugar no deberá tener como secuela una matanza de inocentes en otra parte de nuestro mundo.

Habitamos un mundo de muchas culturas. Esa es nuestra riqueza humana. Habrá que preservarla.

Si actuamos políticamente pensando en el mundo, en la cultura plural, en la diversidad de la historia, en la fuerza de las buenas tradiciones, en el hombre como eje de todo, habremos de buscar también la solución económica a las actuales disparidades, a los abismos entre unos y otros. Un nuevo reto para

buscar la prosperidad, que genere un crecimiento económico sostenido y a una tasa capaz de revertir la reciente tendencia a una mayor desigualdad. Una perspectiva meditada y sensata y sumamente necesaria.

¿Es posible? A continuación enumero una serie de ideas que están en el aire: invertir en investigación y desarrollo, infraestructura y capital humano; establecer un comercio libre basado en el respeto a los derechos y normas laborales; impulsar salarios reales más altos; mejorar la seguridad en el empleo; crear incentivos para favorecer las mejores prácticas empresariales; regular la especulación mundial.

Está en juego el reto de la gobernabilidad en todos los países en el contexto de la globalización.

Pero además porque la locomotora principal del crecimiento económico mundial, Estados Unidos de América, muestra vulnerabilidad y grietas. Dos cuestiones son importantes. Una es la estimación de la posibilidad de muy poco crecimiento a largo plazo; otra, la desigualdad creciente.

Así, el crecimiento de los noventa fue producto de la revolución tecnológica, de la información, que finalmente comenzó a alcanzar su plena prosperidad en los años noventa. La productividad se hizo manifiesta después de un largo retraso. La inversión desempeñó un papel fundamental. Pero se trató de un impulso inversionista promovido por la revolución tecnológica. Este boom y sus efectos más importantes ya se dieron.

La otra cuestión en perspectiva es la desigualdad. Lejos están los dorados años de entre 1947 y 1973 en que las escalas salariales medias para los empleados por hora y asalariados, ajustadas por la inflación, aumentaron en 80%. A partir de 1973 y durante veinte años, la mayoría de las escalas salariales fueron sombrías. Salvo para los que estaban en la cima de la escala, los ingresos se estancaron o bajaron. La causa es el desplazamiento desde el sector de bienes al sector de los servicios: la desindustrialización acompañada de la desindustrialización y el debilitamiento de los derechos laborales. Consecuentemente, la distribución del ingreso se ha hecho más inequitativa.

Estas perspectivas hacen dudar de las condiciones óptimas de la locomotora económica mundial para poder jalar a todos los demás.

Cultura e identidad nacionales

Deseo ahora detenerme para formular algunos comentarios sobre los efectos de la globalización en k> relativo a nuestra cultura e identidad nacionales..

Hay quienes temen que la globalización esté acelerando el proceso de pérdida de nuestra cultura e idealidad nacionales. No creo en esta afirmación tan extrema, pero sí creo que debemos actuar para insertarnos en la comunidad internacional sin demérito de la originalidad de nuestra cultura e identidad nacionales. Frente a la globalización, debemos reafirmar nuestro nacionalismo que ha sido el eje articulador de nuestra evolución histórica como nación independiente y que fundó los movimientos de Independencia, de Reforma y la Revolución de 1910-1917. Pero nuestro nacionalismo debe ser renovado y modernizado, debe ser un nacionalismo que no signifique -y que nunca ha significado- aislacionismo o ausencia de relaciones con las culturas del resto del mundo. El nacionalismo, tan bellamente definido en el artículo 3 o de nuestra Constitución, cuando marca los criterios que deben presidir el esfuerzo educativo nacional; un nacionalismo sin hostilidades, ni exclusivismos, solidario frente a la humanidad, partidario de la paz, respetuoso de la libertad de los hombres y que persiga la justicia individual y social. El nacionalismo mexicano no es el nacionalismo malsano y enfermizo que inspiró a los sistemas totalitarios que provocaron la segunda guerra mundial. Es un nacionalismo que debemos rescatar, evaluar e impulsar con un nuevo rigor, con seriedad, observando bien en qué mundo nos movemos; actualizar, en suma, los conceptos que de él se derivan.

Desafortunadamente siguen manifestándose ideas que pretenden erigir a la cultura de los Estados Unidos

y de Europa como creaciones superiores del género humano, que deben imperar en el resto del mundo en forma definitiva. Así, Francis Fukuyama, vocero de los sectores más retardatarios de los Estados Unidos, afirma que la universalización de la democracia occidental como forma final de gobierno humano, junto con el mercado libre al estilo norteamericano, constituyen el fin de la historia y que los demás pueblos deberán asumir estos postulados. Con un sombrío augurio señaló que el fracaso de los sistemas sociales, políticos y culturales se explica porque el hombre no ha podido superar su humanidad; que el hombre es humano, demasiado humano, parafraseando a Nietzsche. Postula que el fin de la historia no está al alcance de los hombres sino de los superhombres que la ciencia y la técnica occidentales harán posible. Esta es una clara reminiscencia de Adolfo Hitler y sus ideas.

Samuel Huntington afirma que el destino de México es integrarse a Estados Unidos; que, en cuanto a la identidad, México se transformará culturalmente en un apéndice de los Estados Unidos. Alain Touraine, un destacado sociólogo francés, ha llegado a afirmar que el destino de México es integrarse a Estados Unidos y que es poco probable la integración de México, Colombia, Perú o Venezuela mediante un acuerdo de libre comercio con Europa, por la carga indígena, africana y mestiza que los caracteriza, no así el Mercosur, de población básicamente europea. Los citados Huntington y Fukuyama han dicho que reconocen que los asiáticos han superado científica y tecnológicamente a los Estados Unidos en algunos aspectos pero que nunca van a superarlos en su moral. Soberbia e inexactitud evidentes.

Y es que hay que reconocer que hay personas en América Latina que incurren en lo que José Enrique Rodó, el pensador uruguayo, llamó *nordomanía*, esto es, la admiración incondicional a Estados Unidos que denota el deseo de subordinarse libremente a ese país en el afán de hacer de su identidad una copia imposible de esa nación.

Señala Leopoldo Zea que se comete una aberrante interpretación de la identidad de unos pueblos en relación con la de otros, como algo cerrado, concreto, en condiciones de superioridad de unos e inferioridad de otros. El mismo Zea recuerda que Descartes sostuvo que los hombres son iguales por la razón o el ingenio, pero distintos; que la identidad no es algo cerrado, que se alimenta de su relación con los otros; que, inclusive, las identidades cambian a través del tiempo, pero que deben hacerlo libremente, sin imposiciones externas. El futuro de América Latina, dice Zea, siguiendo a Simón Bolívar y José Vasconcelos, es consumir una nación de naciones, una raza de razas, una raza cósmica. El problema central de la globalización es cómo vivir en ella sin negar a los demás ni a nosotros mismos. Es una nueva relación de la competencia, compartir compartiendo y no eliminando para el logro de una meta común. No es posible, dice, que la globalización implique una relación de servidumbre respecto a la cultura de Estados Unidos y de Europa.

Pero no hay que confiarnos en que la riqueza de nuestra cultura e identidad nacionales sean estáticas porque están en proceso continuo de cambio. Debemos redoblar nuestras tareas para mejorar nuestro sistema educativo y para apoyar las tareas de preservación y actualización de nuestra cultura.

La educación y la cultura deberán seguir siendo prioridades destacadas en la acción de la sociedad y del Estado. El reto actual y por venir de la educación en México es seguir ampliando y afianzando su cobertura en todo el país y elevar su calidad para propiciar las mejores condiciones para el desarrollo de todo mexicano, así como fomentar las capacidades de cada quien para ubicarse últimamente y progresar en la vida social. No olvidemos que la competencia internacional se basa ahora, y así será en el futuro, en el conocimiento. La calidad de nuestra nación dependerá de que tenga educación.

La cultura es la frontera de la soberanía: por ello, nunca serán excesivos los esfuerzos que hagamos para preservar y fomentarla, mediante el apoyo y el estímulo a los intelectuales, artistas, artesanos y creadores en general.

Debemos difundir ampliamente la cultura mexicana. Además del indispensable apoyo al libro, es ahora perentorio el aprovechamiento de los medios electrónicos -cine, radio, televisión, Internet- para educar y

dar a conocer la obra de nuestros creadores. Por ello me pronuncio por mantener la mexicanidad de estos medios e industrias culturales con apoyo en la propiedad mayoritaria y la gestión directa en manos de mexicanos. Promovamos todos juntos, sector público y privado, el cine, la radio y la televisión de calidad y el uso adecuado del Internet.

La nación deberá hacer un esfuerzo considerable para elevar el apoyo al desarrollo científico y tecnológico, tanto para adaptar las tecnologías avanzadas de otras partes del mundo como para hacer nuestras propias aportaciones.

Un programa crítico para estas propuestas son los programas de promoción y defensa de la lengua nacional y seguir apoyando la educación bilingüe y bicultural.

En suma, debemos defender enérgicamente nuestra soberanía y autodeterminación en los distintos ámbitos de la vida nacional. La globalización no debe ser pretexto para ceder nuestra soberanía y desfigurar la identidad nacional.

Para ello, debemos gobernar los efectos internos de la globalización en nuestro país y pugnar porque ésta se regule internacionalmente para que sus beneficios se distribuyan más equitativamente entre todos los pueblos que integran la humanidad.

Las amenazas económicas del futuro

Finalmente, deseo formular algunos comentarios sobre las implicaciones de un menor crecimiento económico en los Estados Unidos para la economía mexicana.

Como resultado de la crisis recesiva que vive Estados Unidos, su efecto para México es directo, inmediato y duro.

Históricamente se ha observado que ante el crecimiento económico norteamericano, en la economía mexicana el crecimiento es 40% mayor. Así, durante el periodo 1990-2000 la tasa de crecimiento en Estados Unidos fue de 3.2% y en México de 4.5%. Esto obedece a que en Estados Unidos el crecimiento está determinado, ahora, por las exportaciones hacia Estados Unidos, por las maquiladoras y el flujo turístico.

La economía mexicana no crecerá en este año, según el Banco de México; para el año 2002 también el Banco de México estima un crecimiento de sólo 1.5%; para 2003 el Banco Mundial estima uno de 2.5%; para el periodo 2004-2006, el crecimiento promedio esperado podría ser de entre 3 y 4%, tomando en cuenta uno de 2.4% para Estados Unidos durante el mismo periodo.

Esto significaría que durante el sexenio gubernamental del actual gobierno, de no tomarse nuevas medidas de política económica, la tasa promedio esperada sería de 2.5%, diferente a la prometida del 7% en la campaña del presidente Fox.

El efecto social de un crecimiento promedio, en los términos señalados, será negativo, porque es insuficiente para acometer las tareas de superar la pobreza, el desempleo y la desigualdad.

Frente a las estimaciones norteamericanas e imexna-cionales, México debe reaccionar vigorosamente. Alga-ñas acciones importantes pueden ser las siguientes.

- Readeacuación de la política de desarrollo para impulsar mayores tasas de crecimiento económico sostenido, de empleo y de bienestar social. La mera inercia no es solución del problema.
- En la nueva estrategia deberemos seguir consolidando el equilibrio en las variables macroeconómicas fundamentales del país, sobre todo en el aspecto de reducir la inflación, ya que si ésta repunta podríamos

entrar en nuevas dificultades. Además, se requiere de un mayor vigor en las políticas sectoriales de fomento para impulsar una mayor dinámica en los sectores agropecuario e industrial, particularmente pequeña y mediana industrias; en los sectores turístico, de pesca y forestal. En esta nueva política de fomento sectorial habrá que inducir una amplia participación del sector financiero, particularmente de la banca de desarrollo. Es indispensable incrementar el ahorro interno y la inversión pública y privada.

- Es de particular importancia avanzar en la revisión del sistema tributario, ya que la carga fiscal en México es muy inferior a la mayoría de los países del mundo (10% del producto nacional); lo que provoca insuficiencia de recursos para los tres niveles de gobierno (federal, estatal y municipal) frente a las grandes necesidades del país: seguridad nacional, infraestructura física, educación, salud, vivienda y política medio ambiental.

- Proveer los recursos necesarios para el financiamiento de la enorme inversión prevista para los próximos años en energéticos, manteniendo la soberanía nacional, y en la ampliación de la infraestructura física, particularmente en carreteras, puertos, aeropuertos, telecomunicaciones, obras hidráulicas e infraestructura educativa, cultural y sanitaria.

- Avanzar en la consolidación del Estado de derecho y en la cultura de la legalidad.

- Promover la elevación de los niveles de moralidad en el individuo y la sociedad.

Notas

1 Yossef Bodanski, The Man Who Declared War on America, Random House, 2001.

2 Un quintil equivale al 20% de la población, de manera que dividir la distribución del ingreso por quintiles significa diferenciar tramos de 20% y establecer qué parte del ingreso total le corresponde a cada uno.

El texto de este ensayo son las notas básicas de la conferencias sobre globalización y gobernabilidad que dio el autor en la Universidad Iberoamericana el 8 de noviembre de 2001.